

verduras, las viejas ruinas que se hundían, con fundiendo su herrumbre retorcida y sus enredaderas desnudas.

Un ruido de zapatos se arrastraba por el frío patio: apareció la portera, una mujer gruesa, que sin abrir la verja, y la escoba en la mano:

—¿Viene usted por el encuadernador? le dijo. No hay nada de eso en casa.

El tal Fage se había mudado sin dejar la nueva dirección: precisamente la gruesa portera estaba limpiando la casa para el que venía á sustituirle en el Tribunal de Cuentas, después de la dimisión del encuadernador.

Astier-Rehu, por quedar bien, tartamudeó algunas palabras. Un gran torbellino de pájaros negros cayó en el patio y cubrió su voz con chillidos estridentes y lúgubres, que resonaban en los corredores.

—Oiga las cornejas del hotel Padovani, dijo la mujer como saludando con respeto á los plátanos, cuyas ramas grises asomaban encima de las paredes de al lado. Este año llegan antes que la Duquesa. Señal de que vendrá pronto el invierno.

Astier se fué, lleno el corazón de espanto.

XII

Al día siguiente de aquella representación en que había querido dejarse ver sonriente después del desastre, dando á las mujeres de la sociedad una gran lección de decencia, la duquesa Padovani había salido para Mousseaux, como acostumbraba todos los años en la misma época. No retiró ninguna de las invitaciones hechas para la temporada; pero antes que llegase la primer serie, en los pocos días de soledad que solía dedicar á preparar minuciosamente la instalación de sus huéspedes, de la mañana á la noche, por aquel parque de Mousseaux que se extendía á lo largo de los collados del Loira, se vió el espectáculo extraño de sus correrías furiosas de animal herido y acosado, deteniéndose un momen-

to, rendida por el cansancio, para proseguir en seguida, como empujada por el dolor:

—¡Cobarde, cobarde! ¡Canalla!

Increpaba al ausente como si estuviera á su lado, como si la siguiese con el mismo paso febril por aquellas revueltas de caminos sombreados que bajaban hasta el río. Dejaba de ser Duquesa y mujer del gran mundo, desenmascarada, al fin humana, entregándose á su desesperación, no tan grande quizá como su cólera, porque el orgullo gritaba en ella más que nada, y las pocas lágrimas que humedecían sus pestañas no corrían, sino que brotaban como puntas de fuego.

¡Vengarse, vengarse! Buscaba algo sangriento, y á lo mejor se imaginaba á uno de sus guardas, á Bertoli ó á Salviato, yendo allí á clavarle una bala en la frente el mismo día de la boda.

Pero luego... ¡no! dar ella misma, sentir en su mismo brazo el deleite de la *vendetta*... Y envidiaba á las mujeres del pueblo que aguardan á su hombre detrás de una esquina, y le arrojan á la cara un frasco de vitriolo, vomitando palabras espantosas. ¡Ah! ¡Si ella supiese

una de esas cosas abominables que alivian, una injuria innoble que lanzar al traidor y vil amigo, que siempre veía con su mirada vaga, la sonrisa falsa y penosa del último día que se vieron! Pero ni siquiera en su dialecto corso de la isla Roja sabía «malas palabras» y después de gritar: «¡Cobarde, cobarde! ¡canalla!» su hermosa boca se retorció de impotencia y de rabia.

Por la noche, después de la comida solitaria en la inmensa sala tapizada de cuero viejo que doraba el sol poniente, volvía á su correría de bestia fiera por la galería abierta sobre el río y tan curiosamente restaurada por Pablo Astier, respetando el encaje delicado de los arcos y las dos torrecillas.

Por debajo, el Loira, ancho como un lago, conservaba de la luz moribunda del día una palidez de plata fina en la que se espaciaban, hacia Chaumont, los islotes de arena del río lento, en aquella suave atmósfera; pero no era el paisaje lo que miraba la pobre Mari'Anto cuando, cansada de vagar, perseguida por sus penas, apoyaba los codos en el muro, la vista vaga... Lo que veía era su existencia perdida,

devastada; y esto á una edad en que es difícil volver á empezarla.

Rumor de voces subía á Mousseaux, de algunas casas agrupadas á lo lejos, junto á la orilla; el cable que amarraba una barca rechinaba en medio de la noche fresca. ¡Cuán fácil la sería, no más que acentuando un poco su movimiento desesperanzado, echándose adelante...! Pero ¿qué diría el mundo de una mujer de su edad y de su rango, suicidándose como una modista abandonada?

Al tercer día llegó la carta de Pablo Astier, y al mismo tiempo, en los periódicos, el acta detallada del desafío. Sintió como el calor sabroso de un abrazo. Había todavía uno que le amaba, que había querido vengarla á costa de su vida: no era esto á sus ojos el amor, sino una afección de gratitud, el recuerdo de los favores hechos á aquel joven y á los suyos, y quizá el deseo de reparar la actitud traidora de la madre. Pero así y todo, ¡qué noble y valiente joven! En París hubiese ido á verle en seguida, pero ya los invitados anunciaban su visita: no pudo hacer más que escribirle y enviarle su médico.

Uno tras otro iban llegando sus huéspedes

unos por Blois y otros por Onzain, por estar Mousseaux á igual distancia de las dos estaciones; y el landó y la *charrette* y dos grandes *breaks* llevaban hasta el vestíbulo del patio de honor, donde resonaban los avisos del timbre de la verja, á diplomáticos y académicos, al conde y la condesa de Foder, á los Bretigny, al conde y el vizconde, este último Secretario de Embajada; al señor y la señora Desminières; al filósofo Laniboire, que iba al castillo á escribir su dictamen sobre los premios á la virtud; al joven crítico de Shelley, muy empujado por el salón Padovani, y á Danjou, al hermoso Danjou, solo, sin su mujer, invitada también, pero que le hubiera molestado en los proyectos que maquinaba bajo los rizos de un bisofé recién estrenado.

Desde luego la vida se organizó como en los años anteriores: por la mañana, visitas ó trabajo en las respectivas habitaciones, almuerzo, reunión y siestas; más tarde, cuando cedía el calor, grandes paseos en coche á través de los bosques ó por el río en la ligera flotilla amarrada á un extremo del parque. Se merendaba en una isla, se iba en grupo á levantar las redes

siempre llenas, ya que los guardas cuidaban de llenarlas antes.

De vuelta ya, se vestían todos para la comida de gran ceremonia, después de la cual fumaban los hombres en el billar ó en la galería para encontrarse luego todos en el espléndido salón que había sido la sala del consejo de Catalina de Médicis.

Grandes tapices ostentaban á lo largo de la enorme sala los amores de Dido y su desesperación ante la huida de las galeras troyanas. ¡Irónica y extraña coincidencia en la que de otra parte nadie reparaba, por lo poco que la gente se fija en las formas exteriores, lo cual no tanto se debe á vicio de los ojos como á la constante y exclusiva preocupación de uno mismo, de la corrección que hay que guardar y del efecto que se ha producido!

Y sin embargo, era perceptible aquel contraste entre el furor de la Reina abandonada, los brazos en alto y los ojos llorosos, y la calma sonriente con que la Duquesa presidía las reuniones, conservando su soberanía sobre las mujeres presentes, cuyos trajes y lecturas presidía, mezclándose en las discusiones de Lani-

boire con el joven crítico y en las luchas de Desminières y de Danjou á propósito de las candidaturas para el sillón de Loissillon, vacante.

Verdaderamente, si hubiese podido verla el príncipe de Athis, aquel traidor Samy, del cual nadie hablaba por lo mismo que todos pensaban en él, algo hubiese padecido su orgullo viendo el poco hueco que su ausencia había producido en la vida de aquella mujer, lo mismo que en aquella casa regia de Mousseaux, agitada y llena de ruido, en toda la cual, de arriba abajo de la larga fachada, solamente estaban cerradas tres persianas, en lo que se llamaba el pabellón del Príncipe.

—Lo ha tomado bien, dijo Danjou desde el primer día.

Y la condesita de Foder, con la punta de la nariz llena de curiosidad, entre un mar de encajes, y la sentimental señora Desminières, preparada para dar el pésame y para oír confidencias, no volvían en sí al ver tanto valor; pero en el fondo les sabía mal como si fuera la suspensión de un espectáculo esperado con ansia. Para los hombres, la serenidad de aquella Ariadna abandonada venía á ser como una in-

vitación á la herencia vacante. Y era esto lo que había cambiado visiblemente en la vida de la Duquesa: la actitud de todos ó casi todos para con ella, una actitud más libre y más cordial, unas ganas de gustarla, un modo de rodear su sillón, que no iban ya dirigidos á su influencia, sino á la mujer directamente.

Verdad es que nunca María Antonia había estado tan hermosa, y su entrada en el comedor, el bulto mate de su tez y de sus hombros en el claro escote de estío, iluminaban la mesa á su alrededor, hasta cuando estaba la marquesa Rocanera, venida de su residencia vecina, al otro lado del Loira. La marquesa era más joven; pero ¿quién, viendo á las dos, lo sospechara? Además, la hermosa Antonia debía á la brusca marcha de su amante el encanto vago, la misteriosa huella del diablo, el atractivo del sitio todavía caliente, en el cual se dejan coger tantos hombres. Este misterioso atractivo lo sufrió con más fuerza el filósofo Laniboire, ponente de los premios á la virtud: viudo, de edad madura, moradas las mejillas, melancólicos los rasgos de su fisonomía, trataba de subyugar á la dueña del castillo desplegando una serie de

atractivos varoniles y de *sport* que le produjeron algunas desdichas. Un día, embarcado, trató de hacer virar la barca á fuerza de hinchar sus bíceps, y cayó en el río; otra vez, yendo á caballo al estribo del landó, el caballo le apretó con tal fuerza contra una rueda, que tuvo que guardar cama, lleno de cataplasmas, por muchos días. Lo curioso era verle en el salón *danzando ante el arca*, como decía Danjou, plegando y estirando su gran humanidad, provocando á singular combate dialéctico al joven crítico, pesimista fosco que tenía veintitrés años, y al cual el viejo filósofo aplastaba con su optimismo imperturbable.

Y con efecto, tenía sus razones para encontrar buena y hasta excelente la vida aquel filósofo, cuya mujer había muerto de unas anginas cogidas á la cabecera de la cama de sus dos hijos, que murieron á la vez que la madre. Siempre, después de sus ditirambos en favor de la vida, el hombre acababa la exposición de sus doctrinas con una especie de demostración en el encerado, con un gesto adulator señalando al escote de la Marquesa, como diciendo:

—Ante estos hombros, atrévete á decir que la vida es mala.

El joven crítico, por su parte, hacía la corte á la Duquesa de un modo más sutil, y no del todo malo. Gran admirador del príncipe de Athis, y todavía en la edad candorosa en que se imita lo que se admira, desde su entrada en el gran mundo se había consagrado á copiar la actitud, el aire, hasta los movimientos de cabeza de Samy, su espalda arqueada, su sonrisa vaga y llena de silencio despreciativo. Ahora ya acentuaba la imitación con detalles en el vestir, sorprendidos y recogidos infantilmente, desde el modo de atarse la corbata muy baja, hasta los cuadros pálidos del pantalón de corte inglés.

Por desgracia, tenía demasiado cabello y ni un pelo de barba, por lo cual se perdían todos sus esfuerzos para con la ex querida del Príncipe, tan indiferente á los cuadros ingleses de su pantalón como á las miradas de carnero degollado de Bretigny, hijo, ó á los fuertes apretones de Bretigny, padre, cuando le tomaba el brazo para ir á la mesa. Y sin embargo, todo esto mantenía á su alrededor la atmósfera tibia, galante y llena de admiración, á la cual por

tanto tiempo Athis le había acostumbrado, á fuerza de representar su papel de hombre atento á lo que ella decía. Y por esto el orgullo de la mujer abandonada hacía menos sensible el abandono.

Entre todos estos pretendientes, Danjou afectaba quedarse á un lado divirtiendo á la Duquesa con sus chismes de bastidores y haciéndola reír, lo cual, para con algunas, á veces da buen resultado. Luego, cuando creyó á la mujer bastante preparada, una mañana en que ésta empezaba su paseo solitario con los perros por el parque, la violenta correría en que sacudía su cólera contra los verdes macizos, llenos del despertar de nidos, y se apaciguaba y refrescaba con la humedad del musgo y el gotear de las ramas, bruscamente, en la revuelta de un camino, se presentó y tentó el golpe.

Vestido con un terno de lana blanca, el pantalón metido dentro de la bota, con su boina, la barba recortada:—buscaba, dijo, el desenlace de una comedia en tres actos que la Comedia le había pedido para el invierno próximo: título, *Las Apariencias*; asunto del gran mundo, muy fuerte. Todo estaba escrito, menos la última escena.

—Pues bien, busquemos juntos, dijo la Duquesa alegremente, chasqueando el látigo de puño corto con silbato de plata que le servía para la jauría.

Pero á los primeros pasos se puso á hablarla de sus amores, de lo triste que se sentiría viéndose sola, y al fin se ofreció, cínicamente, á lo Danjou.

La Duquesa irguióse con un orgulloso y vivo movimiento de cabeza, y apretó el mango del látigo, como si fuese á dar con él al insolente que osaba hablarla como á una figuranta detrás de un bastidor de la Ópera. Pero este ultraje á su dignidad era también un homenaje á su belleza en decadencia, y en el color que tomaron sus mejillas había tanto placer como indignación.

Y él seguía, tratando de deslumbrar con sus frases, afectando tratar la cosa, no tanto como asunto amoroso, sino como alianza de intereses, una asociación cerebral. ¡Un hombre como él! ¡Una mujer como ella! ¡Los dos conquistarían el mundo!

—Gracias mil, querido Danjou; todos estos argumentos los conozco... Y los lloro todavía...

Y con gesto altanero, sin replicar, señalando al autor el paseo sombrío:

—Busque usted su escena. Yo vuelvo.

Quedóse en el sitio, desconcertado, mirándola andar con aquella tentadora marcha de mujer de largas piernas.

—¿Ni como corzo? preguntó quejumbrosamente.

Volvióse, arrugando el negro entrecejo:

—¡Ah, sí, es cierto! El puesto está vacante... Y pensó en Gavaux, en aquel bajo criado á quien había hecho tanto bien. Y sin reír, pero con voz cansada, añadió:

—Bueno: como corzo. Si esto le gusta á usted...

Y desapareció detrás de un alto rosal cuyas flores amarillas, soberbias, muy abiertas, esperaban no más que un soplo de aire para deshojarse.

Ya era mucho que la orgullosa Mari' Anto le hubiese escuchado hasta el fin. Probablemente nadie, ni el mismo Príncipe, le había hablado en aquel tono. Esperanzado y animado, removido por los bellos parlamentos que acababa de improvisar, tardó poco el dramaturgo en dar con su última escena.

Volvióse para escribirla antes del almuerzo, cuando se detuvo admirado de ver entre las ramas las ventanas del cuarto del Príncipe, abiertas de par en par al sol.

¿Para quién? ¿A qué favorito había tocado el honor de aquella venturosa y cómoda instalación con vistas al parque y al Loira? Se tranquilizó: era el arquitecto de la señora Duquesa que había venido á pasar la convalecencia en el castillo.

Sabidos los lazos de intimidad que unían á los Astier con la dueña del castillo, nada más natural que ser recibido Pablo como un hijo de la casa en aquel Mousseaux que en parte era obra suya.

Sin embargo, cuando fué al almuerzo el nuevo huésped, con su bonita cara fría, más pálido por el blanco chal chino que rodeaba su cuello, el duelo, la herida y la idea novelesca que había alrededor de todas estas cosas, pareció que hacía tanta impresión sobre las mujeres, y la misma Duquesa le favoreció con tantos cuidados y tan afectuosas miradas, que el bello Danjou, que era uno de esos terribles envidiosos para quienes cualquier éxito rival les parece un

perjuicio y casi un robo, sintió como una mordedura de celos. Los ojos fijos en el plato, y aprovechando el estar al lado de la Duquesa, empezó en voz baja á reventar al joven, ya bastante afeado por la nariz de su madre; se burló de su desaffo, de su herida, de esas reputaciones de sala de armas que una picadura deshinchó al primer encuentro. Y añadió, no sabiendo lo exacto que era:

—Por supuesto, que la disputa de juego fué un pretexto... Había una mujer...

—¿Usted cree?...

—Estoy seguro, dijo.

Y encantado con su prodigiosa astucia, se dedicó á deslumbrar á la mesa con frases y anécdotas de que siempre iba provisto, como si fuesen castillos de fuegos artificiales de bolsillo.

En el juego éste, Pablo Astier no valía nada, y la simpatía femenina tornó nuevamente al ilustre dramaturgo, sobre todo en cuanto anunció que había hallado el desenlace, y que, acabada la comedia, la leería en el salón, á las horas de calor.

Todas las señoras celebraron lo que iba á servir de diversión en la monotonía de aquella vida.

Y luego ¡con qué gusto aquellas privilegiadas y enorgullecidas, al fechar las cartas en Mousseaux, enviarían á sus amiguitas un extracto de una obra inédita de Danjou, leída por el mismo Danjou! Y, sobre todo, qué satisfacción poder decir durante el invierno:

—La obra de Danjou... ¡La conocemos! ¡La leyó en el castillo!

Al dejar la mesa entre la efervescencia de tan buen noticia, la Duquesa se acercó á Pablo, y cogiéndose de su brazo con su gracia un tanto despótica:

—Una vuelta por la galería... Se ahoga una'...

El aire era pesado hasta en aquellas alturas donde el Loira, como parado, enviaba un vaho de agua caliente, que se extendía por el verde desorden de sus orillas y sus islotes medio sumergidos.

Se llevó á Pablo al fin del último arco, lejos de los fumadores, y oprimiendo sus manos:

—¿De modo que es por mí... por mí?

—Por usted, Duquesa.

Y añadió, apretando los dientes:

—No se ha acabado todavía: volveremos á empezar.

—¿Quiere usted callarse, desgraciado?

Se interrumpió al oír que se acercaban pasos curiosos.

—¡Danjou!

—¡Duquesa!

—El abanico, que me he dejado en la mesa... ¿Quiere usted? ¿Será usted tan amable?

Y cuando estuvo lejos, añadió:

—Se lo prohibo á usted, Pablo: primero, porque no se bate uno con un miserable así... ¡Ah! Si estuviéramos solos, si yo le contara á usted...

Había en el enervamiento de su voz y de sus manos algo que asombró á Pablo. Al cabo de un mes, creía hallarla más resignada: fué una decepción que le cortó un «La amo á usted; siempre la he amado,» que había preparado para las primeras explicaciones que tuviesen después de la llegada.

Contentóse con referirla el duelo, que parecía interesarla mucho; pero el académico apareció con el abanico.

—¡Buen corzo, Danjou! le dijo por darle las gracias.

El otro torció un poco la boca, y en el mismo tono, y á media voz, dijo:

—Pero con promesa de ascender; sin lo cual...

—¿Ya con exigencias? le contestó ella dándole un ligero abanicazo.

Y queriendo que estuviera de buen humor para la lectura de su drama, volvió del brazo de Danjou al salón, donde ya el manuscrito se ostentaba sobre una bonita mesa de tresillo, á la luz directa de una alta ventana entreabierta sobre las grandes matas verdes y floridas del parque.

Las Apariencias, comedia en tres actos. Personajes...

Las mujeres se pusieron en corro, lo más cerca posible, como si tuvieran frío: ¡la sacudida que da la esperanza del placer!

Danjou leía como un verdadero comediante, de los que decía Picheral, haciendo pausas para humedecer los labios en los bordes del vaso de agua, y enjugándose la boca con un ligero pañuelo de batista. Al acabar una página ancha y alta, llena de sus pequeños caracteres, la dejaba caer á sus pies en el suelo con negligencia. Y cada vez la señora de Foder, extranjera especialista en hombres célebres, se bajaba sin ruido,

recogía la página del suelo y la depositaba con veneración en una silla que tenía al lado, con lo escrito hacia abajo. Deliciosa y discreta combinación que le acercaba al maestro y le hacía intervenir en su obra como si Liszt ó Rubinstein estuviesen sentados al piano y fuese ella la que volvía las hojas de la partitura.

Todo marchó bien hasta el final del primer acto, divertida exposición que fué acogida con un delirio de gritos, de risas entusiastas, de bravos de éxtasis: luego, después de un gran silencio, en medio del cual se oía en las profundidades del parque el rumor zumbante y vibrante de los moscardones en los árboles, el lector continuó, enjugándose el bigote:

Acto II.—La escena representa...

Pero su voz se alteró, y como que se estrangulaba á medida que avanzaba el diálogo.

Acababa de ver un sillón vacío, en primera fila, entre las señoras, precisamente el sillón de Antonia, y sus ojos buscaban por encima de los lentes, en el inmenso salón lleno de arbustos verdes y biombos tras de los cuales se amparaban los oyentes para oír mejor ó para mejor dormir.